

## RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

## LIBROS

CRUZ VELEZ, Danilo: *Tabula rasa.*, Bogotá, Colombia, Planeta. 1991. 274 pp.

Es un placer lúcido internarse en la lectura del reciente libro de ensayos filosóficos del escritor colombiano Cruz Vélez. Además de las habituales virtudes de claridad, riqueza idiomática e importancia de los problemas, aparecen aquí novedades notables. Por de pronto, me parece interesante señalar el balance crítico que hace Cruz Vélez de Unamuno y Ortega. Del primero muestra que su empeño en asociar su pensamiento al de Spinoza (y, a través de él, a la filosofía moderna) es completamente fallido. Del segundo señala que tomó distancias de la fenomenología antes de haber dominado la fenomenología trascendental (cuyo principal expositor en lengua española posiblemente ha sido el propio Cruz Vélez) y que esto obró como una fuerte limitación en su recepción del pensamiento de Heidegger. Estoy seguro que ambos desarrollos darán lugar a polémicas fructíferas.

Cruz Vélez se muestra en esta obra afín con lo que se llamó "filosofía trascendental", una opción filosófica que recomendó insistentemente entre nosotros Francisco Romero en su *Teorías del hombre* (algo que Cruz Vélez no recuerda en su bella nota sobre Romero incluida en este volumen). Supongamos que enfrentamos la disyuntiva: creacionismo o evolucionismo. Como buen kantiano Cruz Vélez considerará que está fuera del dominio de toda experiencia posible la determinación racional de una eventual creación del hombre por un dios o conjunto de dioses; pero tampoco admitiría la posibilidad de que en el hombre se hayan desarrollado por mera evolución sus características exclusivas. (Es claro que llamarlas "exclusivas" es, en cierto modo, una petición de principio). Cruz Vélez elige, entre otros, el caso del lenguaje para mostrar que del uso de palabras por parte de los animales al empleo humano del lenguaje hay un salto cualitativo que el concepto de "evolución" oscurece completamente. El hombre no sería creación de Dios ni

producto de la Naturaleza. Lo propio del hombre sería entonces una disposición para trascenderse a sí mismo, lo que de un modo más oscuro, dramático y alemán Cruz Vélez llama, "la libertad como fundamento del ser del hombre". No sería Dios. No es la Naturaleza. "¿Entonces?"

Esta doctrina trascendental es la que le permite adoptar a Cruz Vélez una perspectiva muy original sobre la disciplina que Max Scheler llamó "Antropología filosófica". Scheler había convocado a construir la nueva ciencia filosófica sobre los "prodigiosos tesoros" que aportaban las ciencias particulares. La pregunta que se hace Cruz Vélez es cómo extraer filosofía de los resultados de ciencias particulares. Sería algo así como un retorno al repudiado positivismo. Obviamente Scheler creía que el método fenomenológico permitía una nueva y diferente destilación de esencias. La respuesta que ofrece Cruz Vélez va más lejos: a su juicio el fundador de la antropología filosófica consideraba al hombre primordialmente como ser viviente sin hacerse cuestión de este supuesto básico. Plessner y Hartmann habrían erigido sus construcciones sobre el mismo supuesto invisible. Hegel, Dilthey y, entre nosotros, Ortega mostraron el otro camino: consideraron que lo propio del hombre es su historicidad. Los resultados obtenidos han estado aquí lejos de las promesas. Cruz Vélez resume: las situaciones del hombre en la naturaleza y en la historia constituyen sólo su facticidad "pero ésta puede ser trascendida y modificada por el hombre desde su fundamento, que es la libertad" (p.210).

El título del libro recuerda la opinión, atribuida a Aristóteles, del alma como tablilla no escrita; más próximamente evoca el "saber sin supuestos" que fue el ideal del conocimiento de Husserl y a la vez es casi el título de un maravilloso libro de Cruz Vélez (*Filosofía sin supuestos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1967). Finalmente el libro que comento lleva como lema el precepto cartesiano de poner en entredicho, una vez en la vida, todas las opiniones, aunque entre ellas caigan algunas verdaderas, con el fin de ir aceptando una por una las indudables. Cruz Vélez no distingue con claridad entre la metáfora aristotélica y el precepto cartesiano: la primera pretende ser la constatación de un hecho, el segundo es un recurso metódico. El autor lo identifica con una actitud natural y en consecuencia repite una vieja y errada crítica contra Descartes: si dudáramos de todo entonces nuestra vida práctica carecería de sentido. Cruz Vélez no se propone dudar de todo sino sólo de ciertas presuntas certezas que ha ido decantando en nosotros la sociedad. Pero aún limitando su intento a una filosofía de la cultura ocurre que a veces Cruz Vélez parte de supuestos que también son ídolos del ágora.

Por ejemplo, su recorrido de los orígenes actuales de la filosofía en Iberoamérica parte del supuesto de que la historia de la filosofía contemporánea excluye nombres que no sean alemanes. Pero el relato de Cruz Vélez es manifiestamente parcial y en definitiva le quita inteligibilidad a esa historia. Sería interesante que el autor hiciera *tabula rasa*, entre otros, de ese supuesto. Puesto a arrasar los ídolos del ágora, no se advierte por qué ha exceptuado a uno tan gravoso.

EZEQUIEL DE OLASO

Universidad de Buenos Aires (Argentina)